

LOS OBISPOS Y EL PROBLEMA AGRARIO

La reciente Carta Pastoral de los Obispos acerca del problema Agrario, ha encendido una ardorosa polémica que está confundiendo a muchos con respecto de los hechos en cuestión.

En particular, resaltan opiniones como la del P. Renato Poblete Barth, S.J.; que ha señalado que las opiniones del Episcopado son "Observaciones... dichas con ningún espíritu político".

Esta observación, que contrasta con lo expresado en la Carta, nos conduce a clarificar la situación a fin de que nadie se equivoque respecto del sentido manifiesto en la intervención eclesiástica.

El Episcopado Nacional opina que los predios agrícolas no deben tener más de 80 hectáreas.



Que no debe haber sociedades anónimas agrícolas. Que en las cooperativas cada cooperado no puede tener más de un voto. Que Chile está volviendo al "latifundio", término impreciso que continúa siendo impreciso tras la última pastoral, pues ella no ha creído necesario definirlo.

Con los ejemplos anteriores, la conclusión es clara: el Episcopado Nacional tiene su propio modelo económico, político y social y trabaja para imponerlo. Si se nos aduce que las citas anteriores se refieren únicamente al ámbito económico-social podemos (y no lo hacemos sólo por falta de espacio) multiplicar las citas episcopales sobre organización política, tan detallistas como las otras. Es inútil que los obispos proclamen: "no somos técnicos ni especialistas". Si miden y declaran la superficie máxima de la propiedad agrícola; si rechazan para el campo la sociedad anónima pero tácitamente aceptan en él, suponemos, la sociedad de responsabilidad limitada o la comandita por acciones (pues ellas no han sido condenadas); si limitan los votos que puede tener un cooperado en una cooperativa... ¿qué sentido conserva agregar: "no somos técnicos ni especialistas"? Los obispos actúan como técnicos y especialistas, buenos o malos, sabios o ignorantes, pero actúan como tales, ya que dictaminan sobre materias técnicas con el detalle más especializado. La defensa que sobre este punto intenta el padre Poblete, aparte de ser ambigua, fortalece la argumentación anterior, cuando se-

ñala que "no se necesita ser técnico ni especialista para llamar la atención sobre un mal: un padre de familia que tiene un hijo enfermo no necesita ser médico para decir que su hijo sufre una enfermedad", puesto que cuando ello ocurre, se llama al médico, que es el especialista, y no se entra a diagnosticar y recetar, como ocurre en la Carta Pastoral. Ahora bien, si el Episcopado Nacional se esfuerza por imponer un modelo político, económico y social que llega hasta ese detalle, una segunda conclusión es ineludible: el Episcopado Nacional actúa en política contingente.

Que esto no nos extrañe ni nos llame a escándalo. Ha sido la más antigua tentación de la Iglesia Chilena, desde el padre Luis de Valdivia, en el siglo XVII, en adelante. Ha sido también la tentación a la cual nuestra Jerarquía ha sucumbido con mayor frecuencia. Sólo breves períodos, bajo los arzobispos don Crescente Errázuriz y don José María Caro, pudo sustraerse a la fascinación de la política. Y aun en esos períodos hubo mucha resistencia a apartarse de aquélla, tanto de algunos obispos como de numerosos sacerdotes. La tentación política, en seguida, ha sido en nuestra historia la causa de los más resonantes pasos en falso del Episcopado. No olvidemos que éste quiso dar el monopolio de la política católica, oficialmente, al Partido Conservador, y más tarde dispuso la disolución perentoria de la Falange Nacional. Por último, sería injusto no recordar que los católicos de todos los bandos



partidistas han querido (y casi siempre, uno u otro, han logrado) arrastrar a la Jerarquía a posturas de política contingente.

Sin embargo, este hecho usual —la intervención política del Episcopado Chileno, en forma directa y no ya en cumplimiento de su magisterio indirecto sobre lo temporal— no por ser corriente es menos pernicioso para los fines propios de la Iglesia.

Sus resultados son siempre los mismos:

— En primer término, divide a los católicos, separándolos de sus obispos. Se puede creer en la propiedad agrícola de 81 hectáreas, en las sociedades anónimas agrícolas o en el voto ponderado para las cooperativas, y ser católico ortodoxo. El católico ortodoxo que ve presentadas esas opciones como impugnadas en un documento oficial y religioso de sus pastores, tiende a separarse de ellos. Y la culpa de esta separación no es sólo de quien se aleja; es también, y quizás principalmente, de quienes hacen "pastoral" la política contingente.

— Luego, la Iglesia, enzarzada en esa política, abandona la evangelización o la posterga o, todavía peor, la confunde con aquélla.

— Por último, la Iglesia, arrastrada por la polémica política, inevitablemente se expone a chocar con los poderosos de la tierra por cosas que no son de la esencia de su misión espiritual, con grave perjuicio de ella.

Todas estas consecuencias ya se han vivido por la Iglesia de Chile.

En el siglo pasado, efectivamente, llegó la Jerarquía a una identificación total con el Partido Conservador y con la lucha diaria y menuda que éste libraba contra el liberalismo. Lucha en la cual se mezclaban grandes problemas doctrinarios, insoslayables por la Iglesia, con otros perfectamente discutibles, v.gr., el matrimonio civil de los que además normalmente salía perjudicada. Esta "guerra religiosa" que confundía lo vital y lo prescindible, llevó a divisiones hondísimas entre los chilenos y a persecuciones odiosas contra los católicos. Pero mientras los círculos elevados, religiosos y antirreligiosos, libraban tal acerba batalla "doctrinaria", el pueblo —víctima abandonada, y destruida física y espiritualmente por la "cuestión social"— se hizo protestante o revolucionario, o volvió a la barbarie primitiva. Barbarie de la cual lo había sacado precisamente la Iglesia, cuando su preocupación era el catecismo más que la política.

R